

mente al señor Director de dicha Escuela, para su inteligencia y demás fines.

Al dar cuenta á usted de esto, me permito significarle, por encargo del Poder Ejecutivo del Estado, que éste no estima exacto el principal fundamento que el nacional ha aducido para dictar el mencionado decreto, pues lejos de haber habido entre el actual Gobierno del Estado y el Director de la Escuela desavenencias que pudieran turbar en lo mínimo la marcha de aquel Establecimiento, ha reinado, por el contrario, entre ellos la armonía necesaria para que él siguiera su carrera de progreso que bajo los auspicios de la anterior administración ejecutiva, empujó con éxito seguro y á contentamiento de los padres de familia que tienen sus hijos en aquella Escuela y en la anexa de "La Paz". Ni podrá ser de otra manera, si se tiene en cuenta el interés patriótico que el anterior Gobierno desplegó por darle auge al Establecimiento, como en todo lo que se roza con la educación ó instrucción popular. El actual Gobierno ha proseguido la misma obra de su antecesor, por estar ambos identificados respecto de este importante asunto de administración pública, siendo una prueba de la armonía que conserva con el Director de la Escuela Normal nacional la circunstancia de que al pedir la dirección de aquel instituto, no hizo otra cosa que apoyar una opinión manifestada por este empleado.

Suponiendo, sin embargo, que el Director de la Escuela Normal nacional no se encuentre satisfecho del modo como fué tratado por la anterior Administración ejecutiva de este Estado, es claro que desde que en esto se organizó en Agosto último una nueva Administración, semejante razón dejó de existir desde entonces, y mal puede traerme ahora á disonancia para cohonestar un procedimiento inconsulto é injustificable á todas luces.

Es verdad que en los últimos meses de existencia del expresado anterior Gobierno, el Director de la Escuela hizo algunas exigencias respecto de útiles que antes no se lo habían podido dar, pero que fueron satisfechas tan pronto como eso fué posible, de todo lo cual tiene conocimiento el señor Director á quien me dirijo; pero semejante proceder no podía constituir jamás una desavenencia entre el Gobierno y el Director de la Escuela, no solo por la humildad de las exigencias de éste, sino también porque la dignidad de aquel le habría impedido siempre entrar en polémicas con un empleado que lo estaba subordinado.

La actual Administración, como la anterior, no habría sido capaz de desconocer su dignidad y la del pueblo que gobierna, promoviendo ó alimentando desavenencias con un empleado muy inferior y perteneciente al ramo de instrucción pública, á la cual presta con decisión y con fe apoyo eficaz y patriótico.

El Ciudadano Presidente espera, pues, que usted se dignará solicitar del de la Unión la rectificación del principal fundamento que ha tenido en cuenta para suprimir la Escuela Normal nacional, el cual rechaza el de Antioquia formalmente, y me suscribo

De usted muy atento servidor,

ABRAHAM GARCÍA.

SECCION NO OFICIAL.

LA EDUCACION CRISTIANA.

POR MONSEÑOR MANNING, ARZOBISPO DE WESTMINSTER.

(Traducido de la Revista del Mundo Católico para El Monitor).

I

Existe una verdad que se impone á todo el mundo con una evidencia irresistible: es que en materia de superioridad moral, el mundo no ha sobrepasado jamás al cristianismo; pero ni aun lo ha igualado nunca. Hasta los que han tenido la desgracia de rechazar la fe, se ven obligados á convenir en esto. En efecto, no pueden negar que durante los diez y ocho siglos de la era cristiana, el hombre se ha elevado más alto que en todas las otras épocas, bajo el punto de vista intelectual y moral. Los incrédulos rinden honores á lo que llaman civilización, y nosotros al cristianismo. Nosotros afirmamos

que él es superior á la civilización de que se habla tanto. Quitada el cristianismo y la civilización empujados, si no destruida del todo, será extraordinariamente desfigurada. El cristianismo es al mismo tiempo la causa y el primer fruto de la más alta civilización. Nosotros tenemos hoy razones enteramente especiales para afirmar en alta voz esta verdad; venimos á explicar por qué la Iglesia es tan inflexible sobre el principio de la educación cristiana: por qué es que ella proclama con tanta insistencia que la educación de los niños es un legado sagrado del divino fundador del cristianismo, y que, para un pueblo cristiano, una educación sin religión es cosa inadmisiblemente.

En el momento en que se prepara una discusión pública que quizá hará estallar un violento conflicto sobre la cuestión de la educación nacional, nuestro deber nos obliga á precisar, en términos precisos y sin equívocos, las leyes que gobiernan la Iglesia en materia de educación y las graves obligaciones que ligán nuestra conciencia.

Comencemos, para mayor claridad, por establecer algunas principios.

La ley natural, lo mismo que la revelación, nos impone el deber de educar á nuestros hijos en el amor de Dios y de sus mandamientos; y como cristianos, sabemos que el verdadero conocimiento de Dios, el amor á Dios y á sus mandamientos, no se encuentran sino en el cristianismo. Es el conocimiento de Dios, en Jesucristo, el que ha desarrollado la razón y fortificado la voluntad del hombre.

A falta de este conocimiento y de este amor, el mundo pagano cayó en el politeísmo, en el panteísmo y el ateísmo; se oscurecieron la inteligencia y la conciencia; el corazón y la voluntad se corrompieron. El primer capítulo de la epístola de San Pablo á los romanos nos pinta, con caracteres espantosos, la horrible degradación en que cayó un mundo sin Dios.

La raza hebrea había sido educada de un modo superior á las otras naciones. Ella brilló entre todas por la nobleza y la cultura de la inteligencia, por la justicia y la pureza de sus leyes políticas y por la castidad de su vida doméstica, virtudes que contrastaban singularmente con las costumbres paganas. Luego el conocimiento de Dios y de sus leyes fué la causa y la fuente de la superioridad incontestable de este pueblo.

Así como los hebreos se elevaban sobre los paganos, del mismo modo el mundo cristiano ha sobrepasado á la raza hebrea en las mismas virtudes y en otras muchas que ésta no conoció, y cuya enseñanza trajo su divino fundador en su persona, en su doctrina y en sus obras.

El mundo debe al cristianismo tres dones perfectos que han sido la fuente de la más noble y de la más alta civilización: 1.º La concepción y el verdadero conocimiento de Dios; 2.º Un perfecto modelo del hombre; 3.º Una ley, perfecta también, que comprende nuestros deberes para con Dios y para con nosotros mismos; toda civilización, toda ley, todo gobierno, toda legislación, toda moralidad pública, doméstica y personal están fundadas sobre estas bases.

Si nosotros nos limitamos á considerar el cristianismo como un poder moral que obra sobre la humanidad, independientemente de las operaciones sobrenaturales de la gracia y del poder del culto cristiano, de los sacramentos y de la oración, es indudable que él realiza la perfección de la naturaleza humana. No es menos cierto que él ha desarrollado la razón, el corazón y la voluntad del hombre hasta obtener una rectitud, una aptitud y una madurez cuya sombra apenas conocían la filosofía y la civilización del mundo pagano y á las cuales no habían podido llegar jamás los hebreos. Esta apreciación se llega todavía á la verdad; para ser justos, deberíamos decir que el cristianismo es la perfección del hombre.

Es igualmente cierto que solo el cristianismo impide que la razón y la voluntad desciendan hasta ese estado de corrupción y de inmoralidad, que prevalecía en el mundo antes de la venida del cristianismo.

El ateísmo fué una gran caída y una horrorosa degradación. Hasta la raza hebrea cayó en tal inmoralidad que Moisés, á causa de la dureza de las costumbres, le dio una ley derogatoria de la ley natural del matrimonio, que es inferior á la ley cristiana. Las leyes morales del cristianismo

no han permanecido intactas y sólidamente establecidas, particularmente la especial de la vida doméstica sobre la cual so apoya todo.

La familia con su santidad, la sociedad con su autoridad, sus leyes y su perfección, todo en la Iglesia católica ha permanecido inalterable hasta nuestros días.

En una obra recientemente publicada y que ha gozado por un momento de cierta reputación, se nos dice que el valor moral de Platon y de Sócrates, de Outon y de Ciceron, puede soportar la comparación con el catolicismo. El autor de tales aserciones debe ser ó un narrador infiel ó un ignorante. Los más superficiales estudios clásicos habrían hecho imposible el error de que se trata. No es de esta manera ciertamente como nos pintan los que en realidad han estudiado la civilización pagana, las costumbres públicas y privadas de Roma y Atenas. Los hombres más célebres á quienes citan como ejemplos, incluyendo en ellos á los filósofos, á los hombres de Estado, á los consules, con raras excepciones, se han degradado con vicios asquerosos. Si hay una verdad reconocida en la historia de la humanidad, es que la regeneración moral del hombre y la perpetuidad de esta regeneración en el mundo, han sido la obra del cristianismo; luego el principio que era su origen ó causa, es tambien su preservativo. La razón de esto es evidente. El cristianismo, y solo él, puede formar la vida interior del hombre y la filosofía no podría ni formarla ni sostenerla, y la legislación no puede ni penetrar hasta ella. Solo el decimo párrafo de la ley antigua podía no solamente alcanzar, sino tambien formar y sostener la inteligencia, el corazón y la voluntad. Sin embargo, esto no era todavía sino un conocimiento superficial é incompleto de Dios, el prototipo de la manifestación de la naturaleza divina por la ley cristiana.

Hablado á cristianos, no es imposible limitármole con ellos al frío lenguaje de los moralistas; pero dirigiéndonos á los que tenemos que combatir, el lenguaje de la fe parece como una superstición y una locura. Sabed que, cuando hablamos del cristianismo como reparación y perfección del género humano, queremos decir con el Apóstol: "La gracia y la verdad que nos han venido por Jesucristo"; la gracia interior y sobrenatural del bautismo habitando y obrando en el alma. La luz de la fe ilumina la inteligencia dándole el discernimiento de la verdad y del error; ella forma la conciencia por la percepción del bien y del mal; ella santifica el corazón llenándolo con el amor de Dios que coloca superior á todo. Es tambien esta luz de la fe la que da, como regla y medida del amor por el prójimo, el amor razonable de sí mismo. Todo esto, unido á la oración, á la gracia de los divinos sacramentos, particularmente de la Penitencia y la Eucaristía, lo mismo que á la práctica de una vida cristiana, está presente á nuestro espíritu, cuando hablamos del poder por el cual el cristiano ha elevado nuestra naturaleza, regenerado y reformado el mundo cristiano.

Aquí no tenemos que ver con aquellos de entre vosotros que creen y que aman estas verdades reveladas, con los que darian su vida por ellas; sino con los que, á causa de su incredulidad, rehúsan creer, ó que por calculos humanos no quieren considerar el cristianismo sino bajo el punto de vista de sus relaciones con la política, ó con relación al bienestar de la sociedad; á estos nosotros les decimos: La filosofía, la legislación, la literatura, la cultura intelectual desde la ciencia de las Universidades hasta las simples nociones de lectura y de escritura en las escuelas primarias, nada de todo esto podrá formar la vida interior. Estos conocimientos dejarán el corazón, la conciencia y la voluntad en el punto en que los han encontrado: la inteligencia podrá desarrollarse, hacerse mas sutil; pero la naturaleza moral, con sus pasiones, sus motivos de acción, no será ni salvada ni ennoblecida.

En una palabra, el cristianismo es el único educador del género humano, y esto porque la Iglesia cristiana es la única que ha recibido con la misión de educar, los medios de obtener buenos resultados. Estas palabras de Jesucristo á sus Apóstoles: "Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á observar todo lo que os he mandado" han impuesto á la Iglesia la obligación y la carga de la educación. Ellas

lo han otorgado al mismo tiempo el poder intelectual y moral suficiente para llenar esta obligación. Por la ley natural los padres están en el deber de educar á sus hijos; por la ley cristiana la Iglesia tiene el encargo de velar porque los padres llenen su deber en esta materia. Luego los deberes y las obligaciones de la Iglesia y de los padres de familia están en perfecta armonía, pues proviene de una misma fuente y se suplen mutuamente en un mismo ejercicio. Si la primera formación ó la primera educación del niño cristiano pertenece al padre y á la madre, su formación ulterior debe dársele por el ministerio pastoral de la Iglesia; y sea en el primero, sea en el último período de la educación, el cristianismo, quiero decir, la verdad y la ley cristianas son las fuerzas que pueden formar la razón, la conciencia, el corazón, la voluntad y por consiguiente el carácter y la vida de la juventud; solo el cristianismo puede salir avante en esto, pues es el único que posee la llave que abre los resortes del corazón humano.

Si sigue de aquí, como consecuencia evidente y necesaria, que la educación sin el cristianismo es imposible, ó para servir de una expresión moderna, que los elementos laicos y religiosos de la educación son inseparables. La puridad de verdad, la educación debe ser esencialmente religiosa, puesto que donde falta la religión, no puede haber educación. No os dejéis humillar por palabras prosuntuosas ó despreciativas tan comunes en estos días; permaneced firmemente adheridos á las antiguas tradiciones, á los viejos axiomas de vuestros padres.

(Continuará.)

ESTUDIOS ASTRONÓMICOS.

LOS MUNDOS DE JÚPITER Y DE SATURNO.

Júpiter es el globo mas grande de nuestro sistema planetario.

Un millar de veces ménos voluminoso que el sol, es mil y quinientos mas grande que el mundo que habitamos.

Júpiter, brillando con claridad tan igual en las noches serenas, es para nosotros que lo contemplamos á una distancia de doscientos millones de leguas, una de las bellezas más notables del cielo.

Este mundo, tan superior al nuestro por sus muchas condiciones de habitabilidad, presenta sobre su superficie una primavera eterna.

Flores bellísimas de una composición enteramente desconocida para nosotros, pero muy superiores, ó no dudarlo, á las que engalanan nuestros campos, adornarán aquel suelo privilegiado.

James Wills, poeta británico, al cantar al mundo de Júpiter, dice que aun cuando los mortales no pudiéramos descender sus bosques, aunque nuestros ojos no sientan el estruendo de su vida prodigiosa, no por eso se puede decir que sobre la vasta extensión de aquella tierra celeste, no existe la vida.

Pero ¿qué vida es esa?

¡Oh! ¡quién pudiera averiguarlo!

Dichosa, infinitamente dichosa el hombre á quien fuera dado descorrer el misterioso velo que oculta las maravillas de ese mundo que rueda por el espacio, en los extensos dominios del astro rey que á todos nos vivifica.

Lo que si es muy probable, es que allí exista la vida; pues Júpiter tiene como nosotros estaciones, cuatro lunas que vierten sobre su suelo una dulce claridad en comparación de los rayos del sol, que son para aquel mundo ménos brillantes que para nosotros, y días y noches de sorprendente hermosura.

Algunos opinan que Júpiter es un astro muy joven, no acabado de formar todavía, y que está compuesto en su mayor parte de una incommensurable extensión de agua.

Si esto es cierto, la vida aún no acabó de manifestarse allí por completo.

Pero ¿qué prodigios tendrán lugar, sucediéndose unos á otros, en aquel misterioso y gigantesco mundo?

¿Existen en él seres pensadores, inteligentes, seres cuyo genio sea superior al que distingue á nuestra humanidad?

Y si estos seres existen ¿tendrán una organización parecida á la nuestra?...